Gotthold Ephraim Lessing

LA EDUCACION DEL GENERO HUMANO[1]

(Traducción y notas de Carla Cordua)

Haec omnia inde esse in quibusdam vera,
unde in quibusdam falsa sunt.

SAN AGUSTIN[2]

Informe preliminar del editor

EN MIS *Beiträge*[3] di a conocer la primera mitad de este escrito y ahora me encuentro en condiciones de agregarle lo restante.

El autor de este trabajo ha adoptado en él el punto de vista que se tiene desde una colina, subido en la cual cree dominar algo más que el camino prescrito para este su día.

Pero no llama, para alejarlo de su senda, al caminante apresurado que no quiere otra cosa que alcanzar pronto la posada. No pide que la perspectiva que lo encanta fascine también a todos los demás.

Siendo así me parece que se puede dejarlo donde está, admirando lo que admira.

Pero, si trajera al menos un indicio de la lejanía inmensa que el crepúsculo suave medio oculta, medio manifiesta a su mirada, un indicio por falta del cual he solido estar perplejo . . .

Me refiero a éste: ¿por qué no limitarnos a considerar todas las religiones positivas nada más que como la marcha insustituible según la cual el entendimiento humano ha podido desarrollarse en cada sitio y debe seguir desarrollándose; en vez de sonreír o indignarnos a propósito de una de ellas? ¿En el mejor de los mundos, nada merece esta nuestra mofa, este nuestro enojo? ¿Y habían de merecerlo sólo las religiones? ¿Intervendría la mano de Dios en todo . . . excepto en nuestros errores?

1

Lo que la educación para el individuo eso es la revelación para todo el género humano.

2

La educación es la revelación que le ocurre al individuo y la revelación es la educación que le ha ocurrido y le sigue ocurriendo al género humano.

3

No examinaré aquí si puede ser útil para la pedagogía considerar la educación desde este punto de vista. Pero para la teología puede, sin duda, ser de gran utilidad y resolver numerosas dificultades representarse a la revelación como una educación del género humano.

4

La educación no da nada al hombre que no pudiese también sacar él de sí mismo: le da lo que podría procurarse solo pero más rápida y fácilmente. Del mismo modo la revelación tampoco otorga al género humano nada que la razón del hombre no alcanzaría abandonada a sí propia; pero le ha dado y continúa dándole las principales de estas cosas más temprano.

5

Y así como a la educación no le resulta indiferente el orden de acuerdo con el cual desarrolla las fuerzas del hombre, así como no puede enseñarle todo al mismo tiempo, de igual modo Dios ha tenido que observar un determinado orden y una cierta medida en su revelación.

6

Aunque el primer hombre fue dotado en seguida de la noción de un dios único, era imposible que esta noción recibida y no conquistada se conservara por mucho tiempo en toda su pureza. Apenas comenzó a elaborarla la razón humana entregada a sí misma descompuso al Unico e Inconmensurable en muchos seres mensurables y dio a cada una de estas partes un signo distintivo.

7

Así, naturalmente, surgieron el politeísmo y la idolatria. Y quién sabe por cuantos millones de años hubiese vagado la razón humana por estos caminos extraviados —a pesar de que siempre y en todas partes hubo quienes reconocieron que se trataba de extravíos— si no hubiese querido Dios darle mejor dirección por medio de un nuevo impulso.

8

Pero como ya no podía ni quería revelarse a cada individuo eligió a uno de entre los pueblos para educarlo de manera especial; y, precisamente, al pueblo menos culto, al más deteriorado para poder comenzar con él desde el principio.

9

Fue este el pueblo israelita, del que ni siquiera se sabe qué religión tenía en Egipto. Pues a esclavos tan despreciables no se les permitía tomar parte en el culto de los egipcios y el dios de sus antepasados había llegado a serles completamente desconocido[4].

10

Tal vez los egipcios les prohibieron expresamente todo dios, todos los dioses; los sumieron, quizá, en la creencia que no tenían dios ni dioses, que tenerlo o tenerlos constituía el privilegio de los mejores, o sea, de los egipcios. Y esto para poder tiranizarlos con una mayor apariencia de justicia. —Aún ahora, ¿proceden, acaso, de manera muy distinta los cristianos con sus esclavos?

11

Al principio Dios se hizo anunciar a este pueblo rudo sólo como el dios de sus antepasados, empezando así por darle a conocer y familiarizarlo con la idea de que también a él le correspondía un dios.

12

Por medio de los milagros de los que se valió para sacarlo de Egipto y establecerlo en Canaán se le mostró en seguida como un dios más poderoso que cualquier otro dios.

13

Y en tanto que continuaba manifestándose como el más poderoso de todos —que puede serlo sólo uno— lo iba acostumbrando poco a poco a la noción del Dios Unico.

14

Pero, ¡cuán inferior era aún esta noción del Ser Unico comparada con la verdadera noción trascendental del Unico que tan tardíamente aprende la razón a concluir con certeza a partir de la noción de infinito!

15

Al auténtico concepto del Unico no podía ni con mucho acercarse aún el pueblo —aunque los mejores llegasen a estar más o menos próximos del mismo— y ésta es la sola causa verdadera de que tantas veces abandonara a su propio Dios único creyendo encontrar al único, esto es, al potentísimo, en algún dios de otro pueblo[5].

16

Pero un pueblo tan rudo, tan torpe para pensar abstracciones, tan enteramente niño, este pueblo ¿qué clase de educación moral podía recibir? Ninguna otra que la que corresponde a la niñez: la educación a través de castigos y de premios físicos inmediatos.

17

También en esto, pues, coinciden la educación y la revelación. Todavía Dios no podía dar otra religión ni otra ley a su pueblo que aquella por medio de cuyo acatamiento éste esperase llegar a ser feliz aquí en la tierra y por cuya inobservancia temiese hacerse desgraciado. Porque su visión no se extendía aún más allá de esta vida. o sabía nada de una inmortalidad del alma; no sentía nostalgia de una existencia posterior[6]. Haberle revelado tan pronto estas cosas para las que su razón no estaba preparada no habría sido en Dios otra cosa que el error del pedagogo vano que prefiere apresurar al discípulo y pavonearse con él que enseñarle concienzudamente.

18

Pero, se preguntará, ¿para qué esta educación de un pueblo tan rudo, de uno con el que Dios tuvo que empezar tan desde el principio? Respondo: para que en el tiempo por venir fuera posible usar con tanta

mayor seguridad a miembros de este pueblo como educadores de todos los demás pueblos. Educaba en él a los futuros educadores del género humano. Fueron judíos los que llegaron a serlo, no podrían haber sido sino judíos, sino hombres procedentes de un pueblo educado así.

19

Y continuemos. Cuando el niño crecido entre golpes y caricias hubo alcanzado la edad de la razón el padre lo arrojó, de pronto, a tierras extranjeras[7]. Allí reconoció, súbitamente, los bienes que había tenido en la casa del padre sin darse cuenta.

20

Mientras Dios guiaba a su pueblo elegido a través de los grados de una educación infantil los demás pueblos de la tierra habían seguido su camino a la luz de la razón. La mayoría había quedado muy rezagada tras el pueblo elegido; sólo algunos se le habían adelantado. Y también esto ocurre con niños a los que se deja crecer entregados a su suerte: muchos se quedan absolutamente incultos y algunos, cosa rara, se educan solos.

21

Pero así como estas excepciones más felices no prueban nada contra la utilidad y la necesidad de la educación, así nada prueban contra la revelación los pocos pueblos paganos que hasta aquí parecían tener una ventaja sobre el pueblo elegido, aun en el conocimiento de Dios. La criatura de la educación comienza con pasos lentos pero seguros; alcanza tardíamente a más de una criatura de la naturaleza mejor organizada, pero la supera al cabo y no puede ser nunca de nuevo alcanzada por ella.

22

De igual modo y poniendo de lado la doctrina del Dios Unico, que se encuentra y no se encuentra en los libros del Antiguo Testamento: que la doctrina de la inmortalidad del alma y la idea del castigo y la recompensa en una vida futura que está conectada con ella falten totalmente en estos libros no prueba tampoco nada contra el origen divino de los mismos. Puede que, a pesar de ello, todos los milagros y profecías que contienen posean su buen sentido. Pues pongámonos en el caso que

aquellas doctrinas no sólo faltaran allí, sino que no fueran ni siquiera verdaderas; supongamos que todo termina realmente para el hombre en esta vida: ¿acaso la existencia de Dios estaría por ello menos demostrada? ¿Le sería, por esto, menos posible a Dios, seríale impropio, por esto, hacerse cargo directamente de los destinos temporales de cualquiera de lo pueblos de esta raza perecedera? Pues los milagros que realizó para lo judíos y las profecías que hizo consignar por ellos no estuvieron destinadas sólo a unos pocos judíos mortales en cuyo tiempo ocurrieron o fueron registradas. Al hacerlo sus intenciones se dirigían al pueblo judío y a todo el género humano que han de durar, tal vez, eternamente sobre la tierra aunque cada judío, cada hombre singular mueran para siempre.

23

Insistamos: la ausencia de aquellas doctrinas en las escrituras del Te tamento antiguo no prueba nada contra su divinidad. Moisés fue enviado por Dios aunque la sanción de su ley no se extendiera más allá de esta vida. ¿Y para qué más? Fue enviado sólo al pueblo israelita, al pueblo israelita de entonces: y su misión ajustaba tan a la perfección con los conocimientos, las habilidades y las inclinaciones de aquel pueblo israelita como con el destino del pueblo israelita venidero. Eso basta.

24

Hasta aquí solamente debió llegar Warburton[8] y no ir más lejos. Pero el erudito sobrepasó la medida. No satisfecho con que la ausencia de aquellas doctrinas en nada perjudicaba al carácter divino de la misión de Moisés quiso que fuera esa ausencia la que lo probara. Si por lo meno hubiera intentado basar tal prueba en la conveniencia de esa ley para, precisamente, ese pueblo. Pero él prefirió echar mano de un milagro que habría durado ininterrumpidamente desde Moisés hasta Cristo y en virtud del cual Dios habría hecho a cada judío individual exactamente tan feliz o desgraciado como lo merecía su obediencia o desobediencia de la ley. Este milagro habría suplido la ausencia le aquellas doctrinas sin las cuales ningún estado puede subsistir y esto demostraría, precisamente, lo que, a primera vista, la ausencia parecería negar.

25

Menos mal que Warburton no dio con la manera de sostener este persistente milagro en el que veía lo esencial de la teocracia israelita, ni ma-

nera de hacerlo verosímil. Porque si lo hubiese podido hacer habría conseguido verdaderamente hacer insoluble la dificultad. Para mí, cuando menos. Pues lo que debía restablecer el carácter divino de la misión de Moisés habría sembrado dudas en relación con la cosa misma que Dios sin duda no quería comunicar entonces, pero que seguramente no tuvo la intención de hacer más difícil.

26

Me explico con el caso paralelo de la revelación[9]. Un libro básico[10] para niños puede muy bien omitir en silencio esta o aquella parte importante de la ciencia o arte que expone cuando el pedagogo estima que no es adecuada todavía a las facultades de los niños para quienes escribe. Pero no ha de contener absolutamente nada que les cierre o esconda el camino hasta esas partes importantes que fueron omitidas. Más bien han de dejárseles cuidadosamente abierto todos los accesos hacia las mismas. Pues bastaría con desviarlos de uno solo de estos accesos o con determinar que lo encontraran atrasadamente para que el carácter incompleto se transformara en un defecto esencial del libro básico.

27

De igual modo las doctrinas de la inmortalidad del alma y de la retribución futura podían muy bien faltar en las escrituras del Viejo Testamento, estos libros básicos para el pueblo israelita, rudo e inexperto en el pensamiento; pero, en cambio, no podían contener absolutamente nada capaz ni siquiera de retrasar al pueblo para el que fueron escritos en su camino hacia esta gran verdad. ¿Y qué podría, por decir poco, haberlo retrasado más en ese camino que la promesa de aquella milagrosa retribución en esta vida hecha por Aquel que nada promete sin cumplirlo?

28

Pues aunque en la desigual repartición de los bienes de esta vida, en la cual al parecer el vicio y la virtud tan poco se tienen en cuenta, no cabe fundar la prueba más rigurosa de la inmortalidad del alma y de una vida ulterior en que aquella dificultad se resuelva; en todo caso es seguro que sin esa dificultad el entendimiento humano distaría aún de alcanzar y quizás no encontraría nunca pruebas mejores y más rigurosas. Pues, ¿qué podría haberlo impulsado a buscar estas pruebas mejores? ¿La mera curiosidad, acaso?

29

Uno que otro israelita pudo, claro está, aplicar las promesas y amenazas divinas que se referían a todo el estado a cada uno de sus miembros y creer firmemente que aquel que era piadoso era también, por fuerza, feliz y que el infeliz o el que llegaba a serlo cargaba con el castigo de su fechoría, el cual castigo se transformaba de inmediato otra vez en dicha apenas el culpable dejaba su maldad. Uno de éstos parece haber escrito el libro de Job; la concepción de! mismo está dominada por este espíritu.

30

Pero la experiencia cotidiana no debía, en modo alguno, corroborar esta creencia; ya que, de otra suerte, el pueblo que tuviera esta experiencia habría perdido para siempre la ocasión de conocer y aceptar esa verdad que todavía no le era familiar. Porque si el piadoso era completamente feliz y a su felicidad también pertenecía el que ningún pensamiento terrible de la muerte interrumpiese su contento, el que muriese viejo y *harto* de vivir, entonces, ¿cómo podía añorar otra vida? ¿Y cómo llegaría a reflexionar acerca de algo que no añorara? Y si no pensaba en ello el piadoso, ¿quién entonces? ¿El malvado, que sentía el castigo de su fechoría y que al maldecir de esta vida, de buena gana renunciaba a cualquier otra?

31

Mucho menos desviaba al pueblo de su rumbo el que uno u otro i · raelita negara directa y explícitamente la inmortalidad del alma y la retribución futura porque la ley no se refería a ellas. La negación de un individuo —aunque fuera un Salomón— no detenía el progreso de l razón común y era ya por sí misma una prueba de que el pueblo había dado un gran paso de acercamiento a la verdad. Pues los individuos sólo niegan aquello que muchos están ponderando; y ponderar aquello que antes no preocupaba en absoluto es la mitad de lo que hace falta para saber.

32

Admitamos también que supone una obediencia heroica cumplir la leyes de Dios nada más que porque son leyes de Dios y no porque El

haya prometido premiar aquí y allá a quienes las cumplan; cumplirlas aunque uno ya desespere totalmente del premio futuro —y no esté tan seguro del mundano.

33

Un pueblo educado en esta obediencia heroica de Dios, ¿podía no estar destinado o podía no ser más capaz que todos los otros de cumplir con intenciones divinas muy especiales? Haced que el soldado, por ejemplo, que obedece ciegamente a su jefe se convenza, además, de la habilidad del mismo y no habrá nada que ese jefe no se atreva a emprender con él.

34

Hasta aquí el pueblo judío había honrado en su Jehová más bien al más poderoso que al más sabio de los dioses; hasta aquí, como a un Dios celoso, lo había temido más que amado: lo cual también prueba que los conceptos que tenía de su Dios único y supremo no eran los conceptos adecuados que hemos de tener de Dios. Pero ya había llegado la hora en que estos sus conceptos fuesen ampliados, ennoblecidos, corregidos. Para conseguirlo Dios se valió de un medio completamente natural: le ofreció al pueblo un patrón de medida mejor y más adecuado según el cual pudiera apreciarlo.

35

Mientras hasta entonces sólo lo había apreciado en comparación con los miserables ídolos de las toscas tribus vecinas con las que el pueblo judío vivía en continua rivalidad, comenzó, en el cautiverio bajo el persa sabio[11], a medirlo con el Ser de todos los seres, como lo conocía y reverenciaba una razón más ejercitada.

36

La revelación había guiado su razón y ahora la razón iluminaba, de pronto, su revelación.

37

Ese fue el primer servicio mutuo que se prestaron las dos y para el Autor de ambas esta influencia recíproca es tan poco inconveniente que sin ella una de las dos sería superflua.

38

El nino enviado al extranjero vio otros ninos que sabían más, que vivían más decentemente y se preguntó avergonzado: ¿Por qué no sé también yo eso? ¿Por qué no vivo de esa manera, también? ¿No debieron haberme enseñado esto en mi casa paterna; no debieron habituarme en este sentido? Saca entonces de nuevo sus libros básicos, que hacía ya mucho habían llegado a hostigarle, para poder echarles la culpa. Mas he aquí que conoce que la culpa no es de los libros, sino que, no saberlo desde ha mucho, no vivir así es enteramente su propia culpa.

39

Puesto que los judíos, a propósito de la doctrina más pura de los persas, reconocieron desde entonces en su Jehová no sólo al más grande de los dioses nacionales, sino a Dios; puesto que pudieron encontrarlo y mostrarlo a otros en sus Santas Escrituras con tanta mayor seguridad cuanto que allí estaba de veras; puesto que demostraban una tan grande aversión hacia todas las representaciones sensibles de Dios como la que los persas siempre tuvieron, o que en esas Escrituras al menos se les enseñaba a tenerla[12]: qué de raro tiene que encontraran gracia a los ojo de Ciro[13] con un culto al que éste consideró, aunque inferior todavía al sabeísmo[14] puro, sin duda muchos más adelantado que las toscas idolatrías que se habían apoderado en su lugar del país abandonado por los judíos.

40

Ilustrados así sobre sus propios tesoros desconocidos retornaron y llegaron a ser un pueblo completamente distinto cuya primera preocupación fue la de darle a esta iluminación permanencia entre los suyo . Pronto la apostasía y la idolatría llegaron a ser inconcebibles en su seno. Pues uno bien puede ser infiel a un dios nacional pero no a Dios una vez que ha llegado a conocerlo.

41

Los teólogos han tratado de explicar este cambio total del pueblo judío de diversos modos; y uno de ellos, que demostró muy bien la insuficiencia de todas estas diferentes explicaciones quiso hacer pasar como la causa verdadera del mismo "al cumplimiento evidente de las profecía

orales y escritas sobre el cautiverio de Babilonia y la restauración posterior". Pero también ésta puede ser la verdadera causa sólo si presupone los conceptos recién ennoblecidos de Dios. Los judíos tendrían que haber reconocido recién entonces que hacer milagros y predecir el futuro era algo que correspondía nada más que a Dios; antes atribuían ambas cosas también a los falsos ídolos, por lo que los milagros y las predicciones les habían hecho hasta entonces una impresión tan débil y pasajera.

42

Entre los caldeos y los persas los judíos, sin duda, habían también entrado en un mayor conocimiento de la doctrina de la inmortalidad del alma. Se familiarizaron más con ella en las escuelas de los filósofos griegos en Egipto[15].

43

Pero dado que esa doctrina no aparecía en sus escrituras sagradas en una forma comparable a la doctrina de la unidad y los atributos de Dios; puesto que el pueblo sensual había torpemente pasado por alto esta última, aquélla empero, requería que se la buscase allí; puesto que para la doctrina de la inmortalidad del alma aún eran menester ciertos ejercicios preparatorios y de esta suerte sólo se habían ofrecido alusiones e indicios de la misma; por estas razones esta creencia no pudo naturalmente jamás llegar a serlo del pueblo entero. Fue siempre sólo la creencia de una cierta secta en su seno.

44

Llamo ejercicio preparatorio para la doctrina de la inmortalidad del alma, por ejemplo, la amenaza divina de castigar el delito del padre en sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación. Esto acostumbró a los padres a vivir en el pensamiento con sus descendientes más lejanos y de sentir por adelantado la desgracia que habían hecho caer sobre estos inocentes.

45

Llamo alusión aquello que meramente debía excitar la curiosidad y ocasionar una pregunta. Así la frecuente expresión "reunirse con sus padres" por morir.

46

Por indicio entiendo aquello que ya contiene alguna simiente desde la cual pueda desarrollarse la verdad aún retenida. De este tipo fue la inferencia de Cristo a partir de la designación de Dios como dios de Abraham, dios de Isaac y dios de Jacob[16]. Me parece en todo caso que este indicio puede elaborarse como prueba rigurosa.

47

En tales ejercicios preparatorios, alusiones e indicios consiste la perfección positiva de un libro básico; así como su perfección negativa reside en la cualidad antes mencionada de que no dificulte o cierre el camino hacia las verdades aún reservadas.

48

Agregad, además, la presentación y el estilo. 1) La presentación de la verdades abstractas difíciles de evitar en la forma de alegorías y de caso instructivos que se narran como si hubiesen, efectivamente ocurrido. Tales son la creación presentada bajo la imagen del día que se va completando[17]; el origen del mal moral en el cuento del árbol prohibido[18]; y la fuente de la diversidad de las lenguas en la historia de la construcción de la torre de Babel[19].

49

El estilo. Ora llano y simple, ora poético, completamente lleno de tautologías, pero de aquellas que ejercitan el ingenio en cuanto a rato parecen decir otra cosa y, sin embargo, dicen lo mismo, a ratos parecen decir lo mismo y, en el fondo, significan otra cosa o pueden significarla.

50

Y ahí tenéis todas las buenas cualidades de un libro básico ya sea para niños o para un pueblo infantil.

51

Pero todo libro básico está destinado exclusivamente a cierta edad. Demorar en él al niño que ya lo ha superado por su edad más allá de lo planeado es perjudicial. Porque para poder hacer esto de modo que sea

por lo menos relativamente útil hay que poner en él más de lo que contiene, introducir en él más de lo que puede abarcar. Hay que buscar e inventar demasiados indicios y alusiones, escrutar demasiado a fondo las alegorías, interpretar los ejemplos con excesiva minucia, forzar el sentido de las palabras. Esto le da al niño un entendimiento mezquino, tortuoso y sofístico; lo hace ávido de misterio, supersticioso y lleno de de precio frente a todo lo fácil y comprensible.

52

Exactamente la manera en que los rabinos trataban sus libros sagrados. ¡Y el carácter, justamente, que así impartieron al espíritu de su pueblo!

53

Es preciso que venga un mejor pedagogo y le arranque al niño de las manos el libro básico exhausto. Vino Cristo.

54

Aquella parte del género humano a la que Dios quiso incluir en un único plan educativo —y sólo quiso abarcar a aquella que ya estaba unida por el idioma, por la conducta, por el gobierno y por otras circunstancias naturales y políticas— aquella parte estaba madura para el segundo gran paso de la educación.

55

O sea: esta parte del género humano había avanzado tanto en el ejercicio de su razón que necesitaba y podía aprovechar motivos más nobles y más dignos para sus actos morales que el premio y los castigos de este mundo que lo habían guiado hasta entonces. El niño se hace muchacho. Los caramelos y los juguetes ceden el lugar al creciente deseo de llegar a ser tan libre, tan respetado, tan feliz como ve que es su hermano mayor.

56

Hacía tiempo que los mejores de aquella otra parte del género humano estaban habituados a inspirarse en un simulacro de esos motivos más

nobles. Para seguir viviendo después de esta vida aunque sólo fuera en el recuerdo de sus conciudadanos el griego y el romano estaba dispuesto a todo.

57

Ya era tiempo de que ganara influencia sobre su comportamiento una vida distinta, verdadera, a esperar después de la presente.

58

Y de este modo llegó a ser Cristo el primer maestro práctico, digno de fe de la doctrina de la inmortalidad del alma.

59

El primer maestro digno de fe. Digno de fe por las profecías que parecieron cumplirse en su persona; digno de fe por sus milagros y por su propia resurrección después de una muerte con la que había sellado su doctrina. No intento resolver aquí si podemos todavía hoy demostrar esa resurrección y aquellos milagros. Así como también me abstengo de decidir quién fue ese Cristo. Todo esto puede haber sido importante entonces para la aceptación de su doctrina: ahora, para el reconocimiento de la verdad de la misma, ya no monta tanto.

60

El primer maestro práctico. Porque una cosa es suponer, desear, creer en la inmortalidad del alma como especulación filosófica y otra ajustar sus actos internos y externos a ella.

61

Y esto, cuando menos, fue Cristo el primero en enseñarlo. Pues aunque ya antes de El había sido introducida en ciertos pueblos la creencia en que los malos actos serían castigados en otra vida, ésta se circunscribía a los actos que perjudicaban a la sociedad civil y que, por lo mismo, recibían ya en ella su castigo. A él sólo estuvo reservado, en cambio, recomendar la íntima pureza de corazón en vista de otra vida.

62

Sus discípulos propagaron fielmente esta doctrina. Y aunque no tuviesen más mérito que haberle procurado una más amplia difusión entre varios otros pueblos a una verdad que Cristo al parecer había destinado sólo a los judíos, habría que contarlos, solamente por eso, entre los protectores y benefactores de la humanidad.

63

Que hayan mezclado esta grande y singular doctrina con otras cuya verdad es menos luminosa, cuya utilidad es menos notable, ¿podría, acaso, haber sido de otro modo? No les riñamos por ello sino que investiguemos, en vez, seriamente acaso aun estas otras doctrinas añadidas no se convirtieron en un nuevo impulso orientador para la razón humana.

64

La experiencia al menos nos revela ya que los escritos del Nuevo Testamento, en los que aquellas doctrinas fueron después de un tiempo conservadas, han resultado ser el segundo mejor libro básico para el género humano y que siguen siéndolo.

65

Desde hace diecisiete siglos han dado más que hacer al entendimiento del hombre que ningún otro libro; lo han iluminado más que todos los otros libros aunque no fuera con otra luz que la que el propio entendimiento humano introdujo en ellos.

66

Habría sido imposible que ningún otro libro hubiera llegado a ser tan universalmente conocido entre pueblos de tal modo diferentes; el que maneras de pensar tan del todo diversas se hayan ocupado del mismo libro ha contribuido más, sin duda, al adelanto del entendimiento humano que el que cada pueblo hubiese tenido para sí su propio libro básico.

67

Fue también sumamente necesario que cada pueblo tuviera que considerar a este libro por un tiempo como el *non plus ultra* de sus cono-

cimientos. Pues también el muchacho debe estimar así en un principio su libro básico para que la impaciencia por terminar no lo arrastre a cosas para las que no ha conquistado todavía los fundamentos.

68

Y lo que todavía ahora es sumamente importante: cuídate mucho, tú, el individuo más dotado que al llegar a la última página del libro básico resoplas enardecido, cuídate de que tus condiscípulos más débiles se den cuenta de lo que presientes o de lo que ya comienzas a ver.

69

Mientras te vayan a la zaga esos condiscípulos más débiles es mejor que vuelvas otra vez al libro básico e investigues acaso aquello que te parece ser sólo un giro metódico, un sustituto didáctico, no es también algo más importante.

70

Viste en la infancia del género humano en el caso de la doctrina de la unidad de Dios, que Dios también revela directamente puras verdades de razón, o que permite e inicia la enseñanza provisoria de pura verdades de razón como verdades reveladas directamente, para difundirlas con mayor rapidez y cimentarlas más firmemente.

71

En la mocedad del género humano puedes ver lo mismo a propósito de la doctrina de la inmortalidad del alma. Es *predicada* como revelación en el segundo libro básico y no *enseñada* como resultado de razonamientos humanos.

72

Así como podemos prescindir ahora del Viejo Testamento en lo que respecta a la doctrina de la unidad de Dios y poco a poco comenzamos a poder prescindir también del Nuevo en relación con la doctrina de la inmortalidad del alma, ¿no podrían reflejarse en este libro otras verdades que tuviéramos que admirar como revelaciones mientra la ra-

zón no aprenda a derivarlas de sus otras verdades consabidas y no consiga enlazarlas con ellas?

73

La doctrina de la trinidad, por ejemplo. Y si fuera ésta la doctrina destinada a encaminar por fin a la razón humana, después de infinitos extravíos en diversas direcciones, al reconocimiento de que es imposible que Dios sea uno en el mismo sentido en que lo son las cosas finitas; que también su unidad tiene que ser una unidad trascendental, la que no excluye una suerte de multiplicidad. ¿No es necesario, cuando menos, que Dios tenga la representación más perfecta de sí? Es decir, una representación que contenga todo lo que hay en El. Pero, ¿contendría acaso todo lo que hay en El si también de su existencia necesaria, como de sus demás atributos, contuviese meramente una representación, meramente una posibilidad? Esta posibilidad agota la esencia de sus restantes atributos, pero ¿se dirá que agota también la de su existencia necesaria? Paréceme que no. Por consiguiente, o Dios no puede tener una representación completa de sí o esta perfecta representación existe necesariamente lo mismo que El, etc. Mi imagen en el espejo no es, por cierto, más que una representación inane de mí pues no tiene mío más que aquello de lo que caen rayos luminosos sobre la superficie. Pero si esta imagen tuviese sin excepción todo aquello que yo mismo poseo, ¿seguiría siendo en este caso una representación inane o, más bien, una verdadera duplicación de mi identidad? Si creo reconocer una duplicación similar en Dios tal vez no esté tan equivocado sino que, más bien, el idioma se quede corto para mis conceptos. Y, por lo menos esto resulta incontrovertible, que aquellos que quieren popularizar esta idea habrían difícilmente podido expresarse de manera más plástica y adecuada que llamándola el Hijo que Dios engendra desde la eternidad.

74

Y la doctrina del pecado original. ¿Qué diríamos si por fin todo nos persuadiera que el hombre en la etapa primera y más rudimentaria de su humanidad no podía en modo alguno ser tan dueño de sus actos como para obedecer leyes morales?

75

Y la doctrina de la satisfacción por el Hijo. ¿Y si por último, todo nos obligara a suponer que Dios, no obstante aquella originaria incapa-

cidad del hombre, hubiera con todo preferido darle leyes morales y perdonarle todas las transgresiones por consideración a su Hijo (es decir, por consideración al conjunto autosubsistente de todas sus perfecciones, respecto del cual y dentro del cual desaparece toda imperfección del individuo), antes que no dárselas excluyéndolo de toda felicidad moral, inconcebible sin leyes morales?

76

Que no se objete que tales elucubraciones acerca de los misterios de la religión están vedadas. La palabra misterio significaba en los primeros tiempos del cristianismo algo del todo diferente de lo que nosotros entendemos ahora por ella. Y el desarrollo de las verdades reveladas en verdades de razón es absolutamente necesario si se ha de servir con ellas al género humano. Cuando fueron reveladas no eran aún, por cierto, verdades de razón: pero fueron reveladas para llegar a serlo. Fueron algo así como el total que el maestro de aritmética da por adelantado a sus alumnos para que en cierta medida se guíen por l al hacer los ejercicios. Si los discípulos se contentasen con el total que les fue adelantado no aprenderían nunca las operaciones aritmética y realizarían muy mal el propósito con que el buen maestro les dio un guía para su trabajo.

77

¿Y por qué una religión, cuya verdad histórica, si se quiere, resulta tan dudosa, no podría guiarnos, no obstante, hacia conceptos más aju-tados y mejores del Ser divino, de nuestra naturaleza, de nuestras relaciones con Dios, conceptos que la razón humana no habría encontrado jamás por sí misma?

78

No es verdad que las especulaciones sobre estas cosas hayan nunca ocasionado daños y perjudicado a la sociedad civil. Tal reproche hay que hacerlo no a estas especulaciones sino a la insensatez y la tiranía de impedirlas; de no permitir las suyas a quienes las tienen propias.

79

Más bien tales especulaciones —como quiera que resulten en cada caso— son sin disputa los ejercicios más a propósito para el entendi-

miento humano mientras el corazón de los hombres sólo sea capaz, a lo sumo, de amar la virtud a causa de sus dichosas consecuencias eternas.

80

Pues, dado este egoísmo del corazón humano, ejercitar también el entendimiento nada más que en lo que concierne a nuestras necesidades corporales significaría antes embotarlo que aguzarlo. Necesita absolutamente ser ejercitado en cosas espirituales para que alcance su pleno esclarecimiento[29] y engendre aquella pureza de corazón que nos haga capaces de amar la virtud por ella misma.

81

¿O no ha de llegar nunca el género humano a este grado supremo de esclarecimiento y de pureza? ¿Nunca?

82

¿Nunca? ¡No permitáis que conciba esta blasfemia, Señor! — La educación tiene su meta, no menos en el caso del género humano que en el del individuo. El que es educado es educado para algo.

83

Las expectativas halagüeñas que se le señalan al joven, los honores, la fortuna que se le anuncian, qué otra cosa son sino medios para educar en él al hombre, que también cuando fallen estas expectativas de honores y fortuna, será capaz de cumplir con su deber.

84

La educación humana se propone esto ¿y diremos que la divina no alcanza a tanto? Lo que el arte logra con el individuo ¿no ha de conseguirlo también la naturaleza con el todo? ¡Blasfemia, blasfemia!

85

No, que vendrá, que con seguridad vendrá el tiempo de la perfección, cuando el hombre a medida que su entendimiento se sienta más seguro

de un futuro cada vez mejor, necesite cada vez menos, no obstante, tomar prestados de ese futuro los motivos para sus actos. Pues hará el bien porque se trata del bien y no porque se ofrezcan por ello premio arbitrarios, los cuales han estado destinados sólo a fijar y fortalecer su mirada inconstante, para que conozca los premios intrínsecos del bien, que son mejores.

86

Vendrá sin duda el tiempo de un nuevo eterno evangelio[21], aquel que nos es prometido en los propios libros básicos de la Nueva Alianza.

87

Quizás ya algunos soñadores de los siglos XIII y XIV[22] habían vislumbrado un destello de este nuevo eterno evangelio, errando sólo en lo de anunciar para tan pronto su advenimiento.

88

Acaso su idea de las tres edades del mundo no fuera una pura patraña y por cierto que no tenían malas intenciones cuando enseñaban que la Nueva Alianza inevitablemente quedaría anticuada igual que la Antigua. También ellos pensaban en un proyecto único del único Dios. Siempre, para hacerlos hablar con mis palabras, se trataba del mismo plan de la educación general de la humanidad.

89

Pero ellos se adelantaron y creyeron poder convertir a sus contemporáneos que apenas salían de la infancia, bruscamente, sin ilustración, sin preparación, en hombres dignos de su *tercera época*.

90

Y eso, precisamente, hizo de ellos soñadores. El soñador da a menudo miradas certeras al futuro: pero es incapaz de esperar que ese futuro llegue. Quiere apresurarlo y quiere ser él quien lo apresura. Aquello para lo que la naturaleza se toma milenios debe madurar en la jornada de su existencia. Pues, ¿qué provecho saca si aquello que reconoce como

lo mejor no llega a realizarse durante su vida? ¿Ha de retornar, acaso? ¿Cree que retornará? — Es raro que sólo esta ensoñación no vuelva a estar de moda entre los soñadores.

91

Sigue tu marcha imperceptible, providencia eterna. Mas, que no de espere de ti, porque es imperceptible. ¡Que de ti no desespere aunque me pareciera que tus pasos retroceden! — No es verdad que la recta sea siempre la línea más corta.

92

¡Tienes que cargar con tanto en tu camino eterno, dar tantos pasos laterales! ¿Y si fuera algo casi decidido que la gran rueda lenta que acerca a la humanidad a su perfección sólo es puesta en movimiento por ruedas más pequeñas y rápidas que contribuyen a ello cada uno con lo suyo?

93

No es de otro modo. Justamente la vía por la que la humanidad llega a su perfección tiene que haberla recorrido antes cada hombre —unos primeros, otros después. "¿Haberla recorrido en una y la misma vida? ¿Puede haber sido en la misma vida un judío sensual y un cristiano espiritual? ¿Puede, en la misma vida, haberlos superado a ambos?"

94

Eso no, desde luego. Pero ¿por qué no podría haber estado cada individuo más de una vez en este mundo?

95

¿Es tan ridícula esta hipótesis por ser la más antigua, porque el entendimiento humano dio en seguida con ella, antes de que lo distrajeran y debilitaran las sofisterías de las escuelas?

96

¿Por qué no podría también yo haber dado ya aquí una vez todos aquellos pasos hacia mi perfección que pueden reportar a los hombres castigos y premios puramente temporales?

97

¿Y por qué no en otra ocasion todos aquellos que las expectativas de alcanzar premios eternos nos ayudan tanto a dar?

98

¿Por qué no habría de volver tantas veces cuantas sea capaz de alcanzar nuevos conocimientos, nuevas habilidades? ¿Aprovecho, acaso, tanto de una sola vez que no valga la pena retornar?

99

¿Es esto lo que se puede objetar? — ¿O porque olvido que ya he estado aquí? Enhorabuena que pueda olvidarlo. El recuerdo de mis estados anteriores sólo me llevaría a hacer un mal uso del presente. Y lo que tengo que olvidar por ahora ¿lo he olvidado, acaso, para siempre?

100

¿O es que se me iría demasiado tiempo en ello? — ¿Irseme? — ¿Y qué es lo que tengo que perder? ¿No es mía acaso toda la eternidad?

[1] En el año 1780, a la edad de 51 años, publica Lessing *La educación del género humano,* donde propone una hipótesis para dar cuenta de los grandes rasgos de la marcha del hombre en la historia, dando, con sus ideas evolutivas, un gran impulso al movimiento intelectual alemán que culminaría en la filosofía de la historia de Hegel. El deísmo del siglo XVIII desprecia a las religiones positivas con su tremenda carga histórica de libros revelados, milagros, personalidades oscuras y difíciles de acordar, con lo que la razón estima ser la única religiosidad aceptable. La religión revelada, por otra parte, se presenta con la pretensión de hablar la verdad. Pero la verdad, ¿no es acaso un asunto de la inteligencia? Y la inteligencia, por cierto, no puede con lo que la historia de la religión le propone y exige. ¿Quiere decir esto que razón y tradición religiosa son términos de una alternativa que nos obliga a elegir entre ello ? Así e pensó frecuentemente en el siglo XVIII. Pero no Lessing, que se queda con amba , la razón y la religión revelada. ¿Cómo? La respuesta es *La educación del género humano*. Claro que fue menester repensar a la religión y a la razón. La razón dejará de ser para Lessing una eterna posesión de la especie y se convertirá en una adquisición paulatina. El proceso de esta adquisición es la historia de la humanidad. La religión histórica, por su parte,

ya no podrá tener, según esto, un sentido literal, y se mostrará, en cambio, como la escuela graduada del hombre racional. Así, la solución del gran problema religioso del hombre ilustrado junta, por primera vez, los términos, incompatibles hasta entonces, de razón e historia, en la forma ya de aquella idea que ha de llenar el pensamiento del siglo XIX: la evolución.

[2] "Todo esto es, hasta cierto punto, verdad, por lo mismo que es falso hasta cierto punto". *Soliloquia,* Liber Secundus, Caput X.

[3] "Beiträge", *Zur Geschichte und Literatur aus der Herzoglichen Bibliothek zu Wolfenbüttel,* 1772-1778.

[4] Aquí se alude a la permanencia del pueblo judío en Egipto, donde se lo redujo a la servidumbre.

[5] Los libros del Antiguo Testamento, como se sabe, están llenos de exhortaciones al pueblo para que retorne a la fidelidad que debe a Yahvé en virtud de su Alianza con Él.

[6] Alusión a la ausencia de la doctrina de la inmortalidad del alma en el Antiguo Testamento, falta que se usaba como argumento contra el origen divino de estos libros. Cf., aquí mismo Nº 22.

[7] Referencia al Cautiverio de Babilonia.

[8] William Warburton, autor de un libro titulado *La misión divina de Moisés.*

[9] Donde dice revelación debería, según el sentido recto, decir educación.

[10] Traducimos "Elementarbuch" por "libro básico", aunque la expresión no resulta inequívoca en castellano. *Elementarbuch* quiere decir manual, libro elemental o primero para el aprendizaje de una ciencia o arte.

[11] El reino babilónico fue conquistado por los persas en 539 a. C.; los judíos caen entonces bajo la dominación persa.

[12] Se refiere a la prohibición en la ley de Moisés, de representar en imágenes, figuras o estatuas a la divinidad. Cf., *Deut.* IV, 15-18.

[13] Rey persa, vencedor de los babilonios.

[14] Culto de las estrellas, astrolatría; culto practicado sobre todo por los antiguos asirios y los sabeos, un pueblo sudarábico. Los persas, cuya religión habría sido fundada por Zoroastro, adoraban también a los astros, especialmente al sol.

[15] Considérese que después de la conquista macedónica, los judíos caen bajo la dominación egipcia (301 al 198 a. C.).

[16] Cf., *Ex.* III, 6; *Mat.* XXII, 32; *Mar.* XII, 26-7; *Luc.* XX, 37. Cristo infiere de esta manera de nombrar a Dios, que se trata de un dios de vivos y no de muertos.

[17] Cf., *Gen.* I, 3.

[18] Cf., *Gen.* III.

[19] Cf., *Gen.* II.

[20] Usamos "esclarecimiento" por "Aufklärung" en este contexto, a pesar de que, cuando el sentido lo exige, hemos traducido literalmente por "ilustración". Lo mismo en el número siguiente.

[21] Cf., *Apoc. de San Juan,* XIV, 6.

[22] Joaquín de Fiore († 1202), el místico, sostuvo que la historia de la revelación pasaba por tres períodos. Los dos primeros, correspondientes, respectivamente, al Antiguo y al Nuevo Testamentos, estaban destinados a tener una vigencia limitada. El tercero, en cambio, es el Evangelio Eterno o del Espíritu Santo. El abad de Fiore anunciaba su advenimiento para el año 1260, más o menos, momento en que comenzaría la "tercera época" de la que Lessing habla en el Nº 89.